

## SEMANA SANTA 2008

Esta fiesta, cargada de reminiscencias de acontecimientos extraordinarios para el Pueblo de Dios y cumbre de nuestras celebraciones cristianas nos llega este año como con prisas; el primer día de primavera, plenilunio, lo más prono que puede celebrarse la Pascua de Resurrección.

Celebramos en ella el misterio central de la fe Cristiana, la entrega de la vida por parte de Cristo para asumir todos nuestros límites, hasta la muerte, para vencerlos y darnos a los que regateamos tantas entregas, sacrificios o dolor, la vida eterna. Sólo así podremos tener vida en abundancia, sin límites. Porque el que no conoció el pecado, consecuencia de la muerte, la asume con total generosidad para regalarnos la vida. Qué lejos, qué distantes miramos este misterio los seres humanos, como si esto no tuviera consecuencias para nuestro ser. Un hombre no salvado o sin posibilidades de salvación es una criatura sin esperanza.

Nos dice Benedicto XVI en su segunda Encíclica "Spe Salvi" (Salvados en la esperanza) nº 36 ... *el sufrimiento forma parte de la existencia humana. Éste se deriva, por una parte, de nuestra finitud y, por otra, de la gran cantidad de culpas acumuladas a lo largo de la historia, y que crece de modo incesante también en el presente. Conviene ciertamente hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento; impedir cuanto se pueda el sufrimiento de los inocentes; aliviar los dolores y ayudar a superar las dolencias psíquicas. Todos estos son deberes tanto de la justicia como del amor y forman parte de las exigencias fundamentales de la existencia cristiana y de toda vida realmente humana. En la lucha contra el dolor físico se han hecho grandes progresos, aunque en las últimas décadas ha aumentado el sufrimiento de los inocentes y también las dolencias psíquicas. Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que –lo vemos– es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella. Nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que «quita el pecado del mundo» (Jn 1,29) está presente en el mundo. Con la fe en la existencia de este poder ha surgido en la historia la esperanza de la salvación del mundo. Pero se trata precisamente de esperanza y no aún de cumplimiento; esperanza que nos da el valor para ponernos de la parte del bien aun cuando parece que ya no hay esperanza, y conscientes además de que, viendo el desarrollo de la historia tal como se manifiesta externamente, el poder de la culpa permanece como una presencia terrible, incluso para el futuro.*

La parte titulada "Lugares de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza", de la Encíclica "Spe salvi", puede ayudarnos a los católicos a pasar de la esperanza teórica a la que cambia la vida. El Papa considera en primer lugar que la oración es una "escuela de esperanza" y recuerda que "rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad". "En la oración, el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios. Ha de purificar sus deseos y sus esperanzas", escribe el Papa en el número 33 de la Encíclica.

Pero según Benedicto XVI, también "toda actuación sería y recta del hombre es esperanza en acto". Sin embargo, añade el Papa, "el esfuerzo cotidiano por continuar nuestra vida y por el futuro de todos nos cansa o se convierte en fanatismo, si no está iluminado por la luz de aquella esperanza más grande que no puede ser destruida ni siquiera por frustraciones en lo pequeño ni por el fracaso en los acontecimientos de importancia histórica".

Otro sitio en el que el creyente puede aprender a cultivar la virtud de la esperanza es, según el Santo Padre, el sufrimiento: "Digámoslo una vez más: la capacidad de sufrir por amor de la verdad es un criterio de humanidad. No obstante, esta capacidad de sufrir depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos".

Finalmente, el Santo Padre, considera que también "la perspectiva del Juicio ha influido en los cristianos, también en su vida diaria, como criterio para ordenar la vida presente, como llamada a su conciencia y, al mismo tiempo, como esperanza en la justicia de Dios".

Esperemos que este año nos haga buen tiempo y las procesiones pueda lucirse en todo su esplendor.

Feliz Pascua de Resurrección

Vuestros sacerdotes